

POEMAS PARA ANTONIO GAMONEDA

Vicente VALERO

EL ÁRBOL

Entro en un árbol por su sombra siempre abierta,
alegre y sin llamar, tranquilamente;
voy hacia el centro, subo o bajo, no lo sé,
y allí están todas las raíces, todos
los frutos esperándome, visibles y perfectos,
y el crecimiento de las ramas
es sólo una cuestión de palpito y de luz,
que yo ahora puedo ver y oír... Hay nidos
abandonados, sucios, malolientes,
y extrañas criaturas de la noche. La luna
también está en el árbol y no es blanca.
Y hasta el viento circula muy oscuro,
se le puede tocar y no hace daño. Subo
o bajo, no lo sé: sé que camino.
Que pertenezco al árbol, lentamente. Me pierdo
en él, muy dentro, hasta que *soy* el árbol, fértil
y fuerte, el que quería para mí. Y ahora crezco
sin descansar, en la quietud ardiente

del mediodía, cuando los pájaros me buscan,
entran en mí, reposan en *su* árbol.

EL PÁJARO

Eh, tú, pájaro de este lugar, sigue cantando o muéstranos para siempre el camino exacto y sin salida de nuestras quemaduras. ¿Cómo has podido hacer tu nido aquí, entre las ruinas blancas de nuestra vigilia y el mar envuelto en humo, indescifrable? Páramo de las palabras, donde el sol quema todos y cada uno de nuestros deseos -sí, donde yo al menos sé, ahora, que a veces cantas tú, *oh pájaro de la misericordia*.

De Vigilia en Cabo Sur, 1999

TROPELIÁS

MUJER LEJANA

Como una sombra más de su pobreza,
de entre las ruinas blancas de la casa que vemos,
una mujer toda de negro y sola
sale a su mediodía inmenso, sin descanso,
con los ojos cerrados cada día.
Una mujer que no vemos muy bien, que busca
un cubo y se encarama, entre los gatos,
junto al granado viejo, y toca el mar,
el mar que está en el pozo, vacío, sin salida,
como una sombra más de este desierto.
Qué suerte ver llegar entonces a los pájaros,
tenerlos por aquí también, poder oírlos,

como una sombra más en el dibujo, *miren*,
cerca de la mujer que no los ve,
bajo un cielo de arena, sobre el árbol.
Una mujer que está ya muerta, se diría,
aunque salga a tender la ropa muchas veces,
una mujer que no se ve, que la veríamos
sólo después de haber llovido *algo*,
con la mirada fría, distante, del invierno.

PRINCIPIO DE IDENTIDAD

Nosotros somos solamente
siempre lo que miramos: este bosque
y su camino azul somos nosotros,
esta lluvia distinta cada tarde,
que empapa muy adentro.

Somos la nube que pintamos, negra
sin más como la arena siempre
del anochecer... Somos
también el trueno y los relámpagos,
los ojos asustados
del animal que corre a su refugio.

No somos más que lo que busca ser
mirado y comprendido por nosotros:
este paisaje horizontal, el árbol

y las piedras mojadas,
las huellas en el barro y la neblina
que no nos deja ver.

Y hasta somos también lo que no vemos:
aquello que pintamos muchas veces
sin saber cómo es, cómo será mañana,
después de la tormenta.

De Libro de los trazados, 2005

MIS MANOS EN ESTE BOSQUE

Mis manos también tienen su visión propia del bosque, han aprendido a abrir las páginas ocultas, a leer en ellas los textos invisibles. Palpan la oscuridad y la temperatura, el miedo y la esperanza.

Mis manos acarician el milagro del nido, su membrana nocturna. Acarician el aire que exhalan las raíces, la fuerza de los frutos nuevos, el rastro húmedo y transparente de los caracoles.

Tocan la luz pobre del musgo y el palpito seco de las ramas rotas. Tocan la edad de la corteza y la consistencia de la resina. Tocan la humedad del color verde y el aliento oscuro de los escarabajos.

Acarician también los ojos del animal muerto y palpan en su mirada la sombra azul de todos los caminos, el agua deseada. Acarician el pulso fértil y amarillo de su descomposición.

Mis manos hablan entonces otro idioma: el que aprendieron palpando la textura del bosque, su misterio tangible.

De Días del bosque, 2008